

# Píndaro y las leyes del mercado

Rubén BONIFAZ NUÑO

RESUMEN: Píndaro, al laudar la poesía, en realidad su propia poesía, se adelantaba en siglos, y asumía una postura que hoy, cuando la relación entre los humanos se rige por las leyes del mercado, es común, y patentemente eficaz; óptima, su mercancía, esa poesía no superada, nos sigue haciendo vigentes las victorias que consagró con sus himnos, cuando otras innumerables similares a ellas, yacen bajo una ignorancia inexpugnable.

\* \* \*

ABSTRACT: While praising the poetry, in fact his own poetry, Pindar went ahead his time in centuries, and he assumed a common position that is clearly effective today, when the human relationships are governed by the marketing laws. His merchandise, that poetry unsurpassed, is optimal, and the victories consecrated by the Pindar's hymns have become effective today, when other victories similar to those lie under an unconquerable ignorance.

\* \* \*

PALABRAS CLAVE: griego, lírica, mercado, píndaro.

RECEPCIÓN: 15 de abril de 2002.

ACEPTACIÓN: 22 de abril de 2002.



# Píndaro y las leyes del mercado

Rubén BONIFAZ NUÑO

## *Píndaro y la lírica*

La lírica griega, surgida de una necesidad netamente popular, la de expresar pensamientos, sentires, estados de ánimo individuales —ya habían pasado los tiempos de narrar las magnas acciones de dioses y de hombres casi divinos por sus hazañas y su linaje—, encuentra su culminación, cosa aparentemente extraña, en el que es, ciertamente, el más aristócrata de todos aquellos poetas.

Después de líricos como Mimnermo, Teognis, Arquíloco, Safo, Solón, en quienes se manifiestan las emociones del odio, el rencor social, el desprecio de la muerte, el temor a la vejez, el amor, viene a resonar el canto de Píndaro, culminación perfecta de los precedentes logros técnicos, coronación intelectual, lejana de cualquier explosión de los sentimientos.

Pura sobriedad, puro equilibrio; de las vivencias expresadas por los líricos anteriores, él conserva sólo la de la terrible necesidad de vencer, característica del espíritu griego; la de la distinción de la ciudad; fuera de eso, todo es nuevo orgullo, consagración de la nobleza de nacimiento como venero de cuanto hay de aprobable en el hombre; por tanto, absoluta negación de toda posibilidad de virtud en quien padece la mancha de ser de bajo nacimiento.

Aristócrata, cantor de aristócratas, dotado de intelecto poderoso y educado, saciado él de todos los placeres sensuales, Píndaro difiere profundamente del resto de los líricos griegos.

Como es natural, existen asuntos comunes a Píndaro y los demás, pero se presentan diferencias esenciales en la manera de tratamiento que les aplican y la luz bajo la cual los consideran.

Píndaro los toca, al parecer, en su puro exterior, sin participar en ellos sentimental o sensualmente; los restantes, por lo contrario, se manifiestan involucrados en ellos, y hondamente, de esos dos modos.

Basta, para comprobarlo, con comparar la manera como él y otros tratan algunos de los temas más significativos en que se ocupan; así, por ejemplo, la relación entre la aristocracia y el pueblo, la utilidad del aprendizaje, el valor de la sensualidad.

En lo que respecta al primero, asunto de significación fundamental por la relación que guarda con la índole misma de los seres humanos, de acuerdo con la clase social a que pertenecen: la aristocracia o el pueblo, tanto Píndaro como Focílides, Teognis y Solón se refieren a él directamente.

Al respecto, Focílides afirma que no basta con ser bien nacido para tener virtud. De esta suerte, considera que el solo bien nacer no otorga la virtud, y deja suponer que el hombre del pueblo puede poseerla, considerando similares a hombres de ambas clases, atribuyéndoles tanto defectos como virtudes; por su parte, Teognis, aristócrata de nacimiento, y que se vio despojado de sus bienes por la gente del pueblo, mira a ésta con el desprecio profundísimo enraizado en el rencor y alimentado por él; esa gente no tiene sino bajezas y ruindades. Teognis, expoliado por el pueblo, expresa hacia él, por medio del menosprecio, un odio sin cuarteaduras.

Solón, situándose a nivel superior, estima que los hombres, por naturaleza, son capaces de conquistar la virtud y superar los defectos.

Los tres hablan sin disimular la hondura de su participación personal en el asunto tratado.

La actitud de Píndaro es del todo diferente; él no puede sentir aprecio ni odio por el hombre del pueblo; para él, simplemente, éste no existe como hombre; la virtud pertenece a los aristócratas

y es congénita en ellos e imposible de alcanzar por el del pueblo, por mucho que éste se esfuerce en aprender; su acción no tendrá nunca realización alguna.

A propósito del aprendizaje, su diferencia con Solón viene a ser oposición definitiva; desde luego, Píndaro lo considera inútil; totalmente ineficaz como medio para poseer la virtud: el hombre que para llegar a esa posesión tiene lo aprendido, nada tiene; será siempre hombre sin luces, ineficaz en cuanto se proponga, aunque todo lo intente. Ya volveré sobre el punto.

Solón, en cambio, se estima capaz de enseñar la justicia a los atenienses y por ende juzga que éstos deben poseerla mediante el aprendizaje, sean aristócratas o populares; lo que es más, refiriéndose a sí mismo, dice, dando una eterna lección de vida, que envejece aprendiendo siempre. Es de anotarse que, en el caso, tanto Solón como Píndaro usan, para referirse al aprendizaje, la misma palabra: el verbo *didasco*.

En cuanto a la sensualidad, se percibe con evidencia el menosprecio con que Píndaro la considera; ése se advierte al comparar lo que él y Jenófanes dicen al referirse a los banquetes, y la actitud de él y de Mimnermo ante los placeres eróticos.

Habla Píndaro del banquete; ora es un banquete que se le ofrece en una casa opulenta; acaso podría uno imaginarlo: la mesa abrumada de viandas suntuosas, el lujo de jarras rebosantes de vino, copiosos sabores, densos ramos derramando sus vasos de aromas embriagadoramente mezclados. Pero todo esto parece sensual vulgaridad, sólo digna de ser expresada por alguien del pueblo; por tanto, Píndaro se prohíbe su expresión. Por definir el banquete que ha de ofrecérsele, empleará sólo un adjetivo que, para él, debe ser suficiente a describirlo: se le ofrecerá un banquete adecuado.

Ora, con más claro pormenor, elogia un banquete; el núcleo de su elogio es una alusión al vino; alusión, porque el vino no se designa por su nombre, sino por dos complejas perífrasis; ya es el profeta de la fiesta, ya el hijo del viñedo, que invade los ánimos. Y al referirse a quienes lo beben, Píndaro tampoco lo hace direc-

tamente; habla únicamente del efecto intelectual de la cercanía de la crátera, cercanía que acrece la audacia del canto.

Véase ahora en Jenófanes la descripción del ámbito del banquete, y se hallará en ella cuanto en Píndaro se echa de menos. Nace el festejo para los cinco sentidos; primero el tacto; para ejercerlo, las manos deben estar puras, sin tacha.

Ahora están ya dispuestas, y lo está la lengua para gozar la frescura del agua.

El gusto se complace, principalmente, con lo dulce; tiene el vino el sabor de la miel, y dulce es el agua, y allí está la miel misma, que junto con el queso y el pan dorado sobrecarga la mesa.

Y el olfato disfruta el olor de las flores, puestas en coronas o en ramos, ya sea en la cabeza de los comensales o en el ara central del banquete; y el vino rinde olor de flores, además del aroma de su propia esencia; y el ambiente todo se embalsama, colmado con el perfume del incienso.

Para el oído hay también sus placeres: suenan las voces llevándole la música de las palabras y el canto.

Y para la vista está todo patente en la descripción: las copas, el piso, el color de las flores, la miel, el queso y el pan, la mesa espléndida, el arreglo de los comensales.

Toda esta sensualidad ejercida provoca un sentimiento, que se expresa condensado en una sola palabra; la metonimia designa la causa con el nombre del efecto; no es el vino lo que colma la crátera; es la pura alegría, templada ésta por la justa medida de quien lo bebe.

En lo tocante a los goces del amor, Píndaro no vacila en declarar, revelando la distancia que de ellos ya lo separa: “Aun las flores y las mieles de Afrodita tienen hartazgo”.

Qué impedido de hartazgo tal se muestra Mimnermo, quien, por lo contrario, manifiesta insaciable avidez por esas mieles y esas flores: “¿Qué vida, qué deleite sin Afrodita de oro? Muera, cuando ya no me duren estas cosas...”

*Los juegos*

En el Peloponeso, en el extremo norte de Argólida, al oriente de Corinto, se extiende entre montañas una planicie recorrida por un río. Allí, la arqueología ha devuelto a la luz restos de lo que fueron un templo a Zeus, de columnas dóricas altas de diez metros; algún estadio, algún hipódromo, construcciones todas posteriores a la muerte de Píndaro.

Esa planicie era el sitio donde se efectuaban los Juegos Nemeos.

De acuerdo con el mito, había en ella un bosque, el cual protegía la guarida de una fiera, azote y plaga de la zona.

Se trata del León de Nemea, puesto allí y cuidado por Hera. El león era fruto del incesto de Ortro el perro con su madre Equidna, aquella criatura subterránea, hermana de las Gorgonas y las Greas.

Enorme ofidio en su parte inferior, cubierto de variables escamas miméticas, era mujer agraciada desde la cabeza hasta el vientre.

En ese vientre se gestaron también la Hidra de Lerna, Cerbero, el Dragón del jardín de las Hespérides, entidades contra las cuales Heracles hubo de combatir, en el desempeño de sus 12 trabajos.

Éstos le habían sido impuestos por su pariente el rey Euristeo de Tirinto, y él los ejecutaba para purificarse del delito de haber asesinado a su esposa Megara y sus tres hijos.

El primero de tales trabajos fue, precisamente, el de dar muerte al León de Nemea.

Siendo impenetrable la piel de la fiera a la punta y el filo de las armas, Heracles, después de probar vanamente contra ella sus dardos, se vio obligado a afrontarla en lucha cuerpo a cuerpo.

La tomó entonces en sus brazos y la oprimió hasta asfixiarla, quitándole, con la respiración, la vida.

Esa piel invulnerable, abierta primero con las garras de la misma fiera, y después arrancada a su cadáver, le fue, de allí en más, coraza y emblema.

Se dice que entonces Heracles, como conmemoración de su hazaña, estableció en el lugar las contiendas atléticas que luego fueron llamadas Juegos Nemeos. Según diferente tradición, esos Juegos fueron fundados por Adrasto.

Al pasar por Nemea los siete capitanes en su expedición contra Tebas, habiendo hallado en el lugar a Hipsipila, nodriza de Ofeltes el hijo del rey Licurgo, le pidieron les indicara dónde había una fuente de la cual pudieran beber.

Ella, por atender su petición, depositó a Ofeltes a que descansara en la hierba, y marchó con los expedicionarios a la fuente vecina; a su regreso encontró a Ofeltes muerto, mordido por una serpiente.

Dicen que entonces, por consejo del adivino Anfiarao, Adrasto, príncipe de los siete capitanes, estableció allí, a modo de ofrenda funeraria para Ofeltes, los Juegos ya mencionados.

Píndaro, en estos himnos, se refiere a esta segunda tradición al decir que los Juegos Nemeos se desenvolvían según la norma adrastea, y alude a la primera al designar a los Juegos Olímpicos como la principal institución de Heracles, dando a entender que los Nemeos, también instituidos por él, los seguían en importancia.

La primera fecha cierta que de su existencia se tiene, es la de 573 a.C., año en que fueron establecidos como fiestas panhelénicas. Se celebraban cada dos años, en julio, el segundo y el cuarto año de las Olimpiadas.

En los Juegos Nemeos tenían lugar las mismas competencias que en los Olímpicos; esto es, la carrera doble, la larga, la armada; la lucha, el pugilato y el pancrancio, que combinaba la una y el otro; el pentatlón, que comprendía el disco, la jabalina, el salto, la lucha y el estadio; la carrera de cuadrigas, la de carros de mulas y la de caballos montados.

Algunas de estas competencias admitían tres categorías: la de niños, la de imberbes y la de hombres.

El premio obtenido por los vencedores consistía en coronas de apio, vegetal tenido como señal de luto.

Igual que en los Olímpicos, los magistrados encargados de los Juegos Nemeos se llamaban helanódices. Eran 12.

### *La lírica y Píndaro*

Los himnos triunfales contenían un elogio triple: el de la victoria en sí, el de quien la obtuvo y el del lugar de donde éste procedía.

Píndaro relaciona el tercero de ellos con los dioses o con los antiguos héroes; de tal suerte, al quedar asociado con las sobredichas entidades el lugar de origen del vencedor, éste se veía necesariamente asociado también con ellas; dioses y antiguos héroes, así, se le revelaban en relaciones de parentesco o de analogía de situaciones, con lo cual el elogio del personaje celebrado había de satisfacerlo; análogo o emparentado a héroes y dioses, encontraría que ese elogio se adaptaba fielmente al concepto que él quería tener de sí mismo.

De seguro que tales relaciones expuestas por Píndaro en sus himnos triunfales, no guardaban novedad alguna para el vencedor que las escuchaba, pero al oírlas entre sus huéspedes, y, sobre todo, al saber que ellos las oían también, se le fomentaba el disfrute de la certeza de su personal importancia. Porque el auditorio de los himnos triunfales se integraba por el vencedor, principal interesado en lo que en ellos se dijera, y por los huéspedes a quien ofrecía un festejo, al cual los himnos mismos otorgaban el más deseado esplendor.

Se encuentra en estas obras de Píndaro una frecuente y particular exaltación de la poesía, de sus eternizadores poderes, de sus facultades engrandecedoras del objeto a que se refiere; en último extremo, de la necesidad que éste tiene de aquélla para adquirir existencia real y verdadera. Tal exaltación se aplica específicamente, aquí, a los himnos triunfales, a la poesía que celebra las victorias conquistadas en las competencias atléticas que entonces se ejecutaban en Grecia.

Se advierte, así, la mutua sed que relaciona esencialmente a las victorias y los himnos; éstos, al carecer de aquéllas, no tendrían siquiera posibilidad de ser; las victorias, sin los himnos, serían sólo materia de cercano olvido, efímera luz apagada de inmediato por intraspasables tinieblas.

Grande es en sí, quién podría dudarlo, la victoria; pero, por labor del tiempo, su grandeza y la de aquel que la conquistó, menguan y se extinguen sin remedio hasta el punto de su desaparición.

El olvido, pues; la oscuridad, la irreparable fuga del tiempo, amenazan a la victoria desde el instante mismo en que ésta es lograda. Empero, algo existe que la hace memorable, que le presta su lumbre; que, para ella, amansa el filo del tiempo; lo embota hasta volverlo en inofensivo, y, luego, incluso, lo convierte en vehículo de la perennidad a la cual antes asediaba con la destrucción.

Ahora bien: los himnos triunfales de Píndaro eran, como antes se dijo, cantados en honor y en presencia de quienes habían salido victoriosos en las competencias atléticas, y que por lo general eran hombres de noble nacimiento poseedores de grandes fortunas, los cuales contrataban, mediante convenidos estipendios, al poeta que había de celebrarlos mediante el sobredicho elogio triple.

Ese triple elogio ha de constituir unidad infrangible, fruto de una contemplación no interferida por sensualidades ni emocionales explosiones.

Al culminar, pues, la lírica, con la consumación del himno triunfal, Píndaro, como el óptimo de sus autores, resulta de modo natural aquel en quien ese género de origen popular alcanzó su cumbre suma en el equilibrio de la pura visión objetiva, en la realización de esa obra que, en su perfección, relumbra como la escultura genial pulida ya de las huellas del cincel.

Así la lírica, sembrada de preceptos morales como el que fomenta el desprecio a las riquezas, fue abandonando sus peculiaridades prístinas, y alcanzó aquel modelo intelectual, todo equi-

librio y medida, también tan del gusto de los príncipes de ese pueblo de forajidos, creador de una lengua soberana capaz de obras no superadas.

### *La publicidad*

Recapitulo: en medio de sus comensales y amigos, entre sus huéspedes, el vencedor escucha el encomio que, al celebrarlo, Píndaro hace de su victoria, de él, de su linaje, relacionado con la antigüedad y la nobleza del lugar de donde él proviene; con ese encomio, el vencedor ha de ganar orgullo y complacencia.

Píndaro lo sabe; como un río de alabanzas, su celebración corre en dichos tres sentidos; pero, en la misma celebración, va introduciendo encomios de las virtudes de la poesía; esto es, de su propia creación y de sí mismo, en relación con la persona celebrada.

En cuanto a la victoria, Píndaro advierte a quienes la conquistan, que, carente de himnos, quedará sumergida en sombras; que el canto es la sola recompensa de las fatigas pasadas para conseguirla; que el canto le dará grandeza y la salvará del olvido; que ella y el canto, para existir en verdad, se necesitan mutuamente; que el canto vive más que ella.

En cuanto al victorioso, el canto le será alegría, asociada a la de la victoria; prolongará la ocasión de jactancia que ésta le trajo; sosegará sus dolores, volverá en placer sus fatigas, suavizará su ánimo, lo hará igual en fortuna a los reyes.

Además, el canto será ornato de su lugar de origen.

En conexión patente con lo anterior, Píndaro se propone a sí mismo como capaz de formar un canto acepto a Zeus, y, comparándose con otros poetas, se declara, sin ningún rebozo, superior a ellos en su capacidad de componer himnos de victoria.

Recuérdese, así mismo, que en otra parte de sus celebraciones, Píndaro atribuye a los vencedores, por la sola aristocrática condición de su nacimiento, la congénita y exclusiva posesión de la virtud, imposible de obtener por otros medios.

Por último, en lo pertinente a este aspecto, Píndaro proclama su condenación a aquel que conserva enterradas las riquezas, y su aplauso a quien las gasta en agasajo de los amigos, ejerciendo una constante y más que generosa hospitalidad.

Obsérvense ahora los puntos arriba expuestos; si bien se examinan, habrá de concluirse que su finalidad no es otra que la de persuadir, a aquellos nobles y opulentos señores, a que contraten sus cantos, pormenorizando el provecho que con tal acción podrán obtener; todo con ella, ha de serles ganancia; para sus hazañas, para su estirpe, para su patria, que sin esos cantos se aparecerán efímeras e insignificantes.

Así, sus elogios de la poesía se muestran del todo semejantes a los que modernamente se emplean para persuadir, a los posibles consumidores, de las ventajas que alcanzarán con el consumo de cierto producto.

Adquírase tal producto, dice la propaganda, y se gozará de innumerables beneficios. Considérese si no la exaltación que de la poesía hace Píndaro, se adapta con exactitud al procedimiento propagandístico.

Y además, el producto que él ofrece, sus himnos triunfales, es mejor que el que ofrece la competencia, los demás poetas. Ciertamente, por cuantas utilidades llevará consigo, parecerá caro; lo será.

Ésa es una razón convincente para que los aristócratas victoriosos ejerciten sus congénitas virtudes no enterrando sus riquezas, sino esparciéndolas a la luz para placer de sus amigos, entre los cuales, por el provecho que les garantiza, el primero será Píndaro.

Y otra vez viene aquí la norma básica en el anuncio de un producto comercial: aquel que lo adquiera se habrá hecho dueño no de un producto cualquiera, sino del mejor entre los de su clase.

Y habla Píndaro de sí mismo: dirigiéndose a quienes, habiendo nacido aristócratas, tienen por eso mismo, en su destino, la victoria señal de su supremacía, elogiándolos por eso, está

haciendo, principalmente, el elogio de su propia persona y las dotes que la enriquecen, y, con él, el del producto cuya venta propone.

Y así cobra su pleno sentido aquello de que es el destino congénito lo que define las obras; de que la virtud es congénita, y que nada de ella puede tener aquel sujeto oscuro que tiene lo aprendido.

Píndaro, también nacido aristócrata, tiene, por definición del destino, la condición suprema en su obra, el himno triunfal; los poetas que pretenden competir con él, manchados por su bajo nacimiento, nunca podrán hacerlo en verdad; la condición de su obra, debida al aprendizaje, será la oscuridad, pues ellos, sin remedio, son hombres carentes de luz.

Píndaro, de esta manera, deja en claro que es el mejor en su obra, y, por eso, quien la adquiera tendrá, sin duda, lo mejor en su género.

En resolución: Píndaro, al laudar la poesía, en realidad su propia poesía, se adelantaba en siglos, y asumía una postura que hoy, cuando la relación entre los humanos se rige por las leyes del mercado, es común, y patentemente eficaz.

Píndaro, en este aspecto, no hacía otra cosa que dar publicidad a su producto mercantil; al decir: “Vine aquí por convenio”, es como si dijera: “Señores victoriosos, su victoria será brillante y duradera si me contratan para que la celebre”.

Y aparte de todo, como resulta evidente, no los engañaba al persuadirlos de la seguridad de tales efectos; óptima, su mercancía, esa poesía no superada, nos sigue haciendo vigentes las victorias que consagró con sus himnos, cuando otras innumerales similares a ellas, yacen bajo una ignorancia inexpugnable.

Y algo más, para finalizar: oí ocasionalmente, en un programa de la televisión, que el arte de persuadir era la publicidad; me alarmé. Yo pensaba que ese arte era la elocuencia. Píndaro, hace mucho tiempo, sabía ya lo que yo hasta hace poco ignoraba.



## APÉNDICE

Poemas de Mimnermo, Solón, Jenófanes, Focílides  
y Teognis, aludidos en el texto de Píndaro  
y en el inciso “Píndaro y la lírica”

## MIMNERΜΟΣ

Τίς δὲ βίος, τί δὲ τερπνὸν ἄτερ χρυσηῆς Ἀφροδίτης;  
τεθναίνην, ὅτε μοι μηκέτι ταῦτα μέλοι...

## ΣΟΛΩΝ

γηράσκω δ' αἰεὶ πολλὰ διδασκόμενος.

\*

ταῦτα διδάξαι θυμὸς Ἀθηναίους με κελεύει,  
ὡς κακὰ πλεῖστα πόλει δυσνομή παρέχει,  
εὐνομή δ' εὐκοσμα καὶ ἄρτια πάντ' ἀποφαίνει,  
καὶ θ' ἅμα τοῖς ἀδίκους ἀμφιτίθησι πέδας·  
35 τραχέα λειαίνει, παύει κόρον, ὕβρου ἀμαυροῖ,  
αὐαίνει δ' ἄτης ἄνθεα φύομενα,  
εὐθύνει δὲ δίκας σκολιάς ὑπερήφανά τ' ἔργα  
πραύνει, παύει δ' ἔργα διχαστασίης,  
40 παύει δ' ἀργαλέης ἔριδος χόλον, ἔστι δ' ὑπ' αὐτῆς  
πάντα κατ' ἀνθρώπους ἄρτια καὶ πινυτά.

## ΞΕΝΟΦΑΝΗΣ

Νῦν γὰρ ζάπεδον καθαρὸν καὶ χεῖρες ἀπάντων  
καὶ κύλικες· πλεκτοὺς δ' ἀμφιτιθεῖ στεφάνους,  
ἄλλος δ' εὐῶδες μύρον ἐν φιάλῃ παρατείνει·  
κρητῆρ δ' ἔστηκεν μεστός εὐφροσύνης·  
5 ἄλλος δ' οἶνος ἐτοιμός, ὃς οὔποτε φησὶ προδώσειν,  
μείλιχος ἐν κεράμοις, ἄνθεος ὀζόμενος·  
ἐν δὲ μέσοις ἀγνὴν ὀδμὴν λιβανωτὸς ἴησιν·  
ψυχρὸν δ' ἔστιν ὕδωρ καὶ γλυκὺ καὶ καθαρὸν·

## MIMNERMO

¿Qué vida, que deleite sin la áurea Afrodita?  
 Muera, cuando ya no me acuiten estas cosas...

## SOLÓN

y envejezco aprendiendo sin tregua muchas cosas.

\*

A enseñar esto a los atenienses, el alma me incita:  
 que el mal gobierno, males da a la ciudad muchísimos,  
 y el buen gobierno hace ver todo en buen orden y sano,  
 y, a la vez, de cadenas a los injustos ciñe,  
 lo escabroso pule, acaba el orgullo, fin da a la soberbia, 35  
 y las flores crecidas de la desgracia, seca,  
 y endereza las causas torcidas, e, insolentes, las obras  
 suaviza, y a las obras da fin de la discordia,  
 y da fin al rencor de la penosa contienda, y, por él,  
 entre los hombres, sano todo es, y moderado. 40

## JENÓFANES

Ahora, pues, sin tacha están el piso y las manos de todos,  
 y las copas, y ciñe guirnaldas enlazadas,  
 uno, y la esencia aromática en la pátera ofrece,  
 y se yergue la crátera colmada de alegría;  
 y otro vino está presto, y que nunca ha de faltar asegura 5  
 melifluo en las garrafas, dando su olor de flores;  
 y en medio su pura fragancia el incienso difunde,  
 y refrescada el agua y dulce está, y sin tacha;

10 πάρκεινται δ' ἄρτοι ξανθοὶ γεραρή τε τράπεζα  
 τυροῦ καὶ μέλιτος πίονος ἀχθομένη·  
 βωμὸς δ' ἄνθεσιν ἂν τὸ μέσον πάντη πεπύκασται·  
 μολπή δ' ἀμφὶς ἔχει δώματα καὶ θαλίη.  
 χρῆ δὲ πρῶτον μὲν θεὸν ὑμνεῖν εὐφρονας ἀνδρας  
 εὐφήμοις μύθοις καὶ καθαροῖσι λόγοις.  
 15 σπείσαντας δὲ καὶ εὐξαμένους τὰ δίκαια δύνασθαι  
 πρήσσειν —ταῦτα γὰρ ὧν ἔστι προχειρότερον—  
 οὐχ ὕβρις πίνειν ὀπόσον κεν ἔχων ἀφίκοιο  
 οἴκαδ' ἄνευ προπόλου, μὴ κάνυ γηραλέος  
 ἀνδρῶν δ' αἰνεῖν τοῦτον, ὃς ἐσθλὰ πῶν ἀναφαίνει,  
 20 ὥς οἱ μνημοσύνη καὶ πόνος ἀμφ' ἀρετῆς,  
 οὔτι μάχας διέπειν Τιτήνων οὐδὲ Γιγάντων,  
 οὐδ' αὖ Κενταύρων, πλάσματα τῶν προτέρων,  
 ἢ στάσιας σφεδανάς· τοῖς οὐδὲν χρηστὸν ἔνεστιν  
 θεῶν δὲ προμηθεῖην αἰὲν ἔχειν ἀγαθόν.

## ΦΩΚΥΛΙΔΗΣ

Καὶ τότε Φωκυλίδew· τί πλέον γένος εὐγενὲς εἶναι,  
 οἷς οὔτ' ἐν μύθοις ἔπεται χάρις οὔτ' ἐνὶ βουλῇ;

## ΘΕΟΓΝΙΣ

Κύρνε, πόλις μὲν ἔθ' ἦδε πόλις, λαοὶ δὲ δὴ ἄλλοι  
 οἱ πρόσθ' οὔτε δίκας ἦδεσαν οὔτε νόμους,  
 ἀλλ' ἀμφὶ πλευρῆσι δοράς αἰγῶν κατέτριβον,  
 5 ἔξω δ' ὥστ' ἔλαφοι τῆσδ' ἐνέμοντο πόλεος,  
 καὶ νῦν εἰς' ἀγαθοί, Πολυπαίδη· οἱ δὲ πρὶν ἐσθλοὶ  
 νῦν δειλοὶ· τίς κεν ταῦτ' ἀνέχοιτ' ἐσορῶν;  
 ἀλλήλους δ' ἀπατῶσιν ἐπ' ἀλλήλοισι γελῶντες,  
 οὔτε κακῶν γνώμας εἰδότες οὔτ' ἀγαθῶν,  
 μηδένα τῶνδε φίλον ποιεῦ, Πολυπαίδη, ἀστῶν  
 10 ἐκ θυμοῦ, χρεΐης εἵνεκα μηδεμιῆς·  
 ἀλλὰ δόκει μὲν πᾶσιν ἀπὸ γλώσσης φίλος εἶναι,  
 χρῆμα δὲ συμμεΐξης μηδενὶ μηδ' ὀτιοῦν

y cerca yacen panes dorados, y la espléndida mesa,  
 del queso y de la miel untuosa está cargada; 10  
 y un altar en el centro fue de flores todo vestido,  
 y el canto y la abundancia tienen la casa en torno.  
 Pero, ante todo, al dios han de celebrar los hombres gozosos,  
 con favorables dichos y voces intachables.  
 Y a quien libado haya, y rogado tener poder de lo justo 15  
 cumplir —pues es, por cierto, esto el deber primero—,  
 no es culpa beber cuanto, teniéndolo, volver le permita  
 a casa sin un siervo, si no es de sobra viejo,  
 y alabar a aquel de los hombres que muestra, bebido lo honesto 20  
 que recuerda y actúa de la virtud en torno,  
 y no de Titanes ni Gigantes recordar los combates,  
 ni incluso de Centauros, formas de los antiguos,  
 o bien sediciones violentas —nada hay de útil en esto—;  
 mas culto de los dioses siempre tener, es bueno.

## FOCÍLIDES

Y esto, de Focílides: ¿Qué ventaja es nacer bien nacido a quien ni en palabras ni en designio acompaña la gracia?

## TEOGNIS

La ciudad, Cirno, aún es la ciudad; los ciudadanos son otros;  
 los que antes ni justicia ni leyes observaban,  
 más alrededor de sus flancos pieles de cabra raían  
 y, como ciervos, fuera de esta ciudad pastaban,  
 ahora son buenos, Polipaida, y lo que nobles primero, 5  
 ahora viles. ¿Quién, viéndolas, sufriera tales cosas?  
 Y entre unos y otros se engañan, unos de otros burlándose,  
 de lo malo y lo bueno los juicios ignorando;  
 no hagas de estos ciudadanos, Polipaida, amigo ninguno  
 del alma, de ninguna necesidad a causa; 10  
 mas, de palabra, amigo parece ser para todos,  
 y a ninguno te asocies en diligencia alguna

σπουδαῖον· γνώση γὰρ οἴζυρων φρένας ἀνδρῶν,  
ὡς σφιν ἐπ' ἔργοισιν πίστις ἔπ' οὐδεμία,  
15 ἀλλὰ δόλους τ' ἀπάτας τε πολυπλοκίας τ' ἐφίλησαν  
οὕτως ὡς ἄνδρες μηκέτι σωζόμενοι.

grave. Pues conocerás de perversos hombres las mentes;  
cómo, en las obras, ellos lealtad ninguna tienen,  
mas aman los dolos y las fraudulencias y enredos,  
a la manera de hombres que ya no son salvables.

15

